

REVISTA INFANTIL  
(APARECE LOS VIERNES)

PRECIO  
\$1.00

# El Colegial

M. P.

AÑO I  
22 DE AGOSTO DE 1941.  
N.º 19



QUERUBIN  
DISTRAIDO



**EL PUDU**

(PUDUA HUMILIS, BENNET)

Vive en la cordillera y, es una de las dos especies más pequeñas de ciervos indígenas de Chile. Su distribución geográfica comprende desde la Provincia de Maule por el norte, hasta la Isla de Chiloé por el sur. Vive en los montes y matorrales de pequeña altura; no es difícil domesticarlo y muchas veces lo hemos visto en Santiago y Valparaíso en estado de cautividad. En el Colegio San Pedro Nolasco existió un ejemplar muy manso y acostumbrado con los alumnos a quienes seguía en sus juegos y aún recibía su alimento de las manos de ellos. Este hermoso ejemplar era una hembra, hoy día está embalsamado y forma parte de su rico material cinético que guarda dicho Museo y es el que figura en esta lámina.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS  
VIERNES)

Casilla 5562  
—Correo 4.—  
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

# El COLEGIAL

PRECIO  
DEL  
EJEMPLAR:

\$1.-

SUSCRIPCIONES  
EN CHILE:  
Anual . . . \$ 50.—  
Semestral . . . 25.—

AÑO 1

Director Propietario: E. CARO

N.º 19

## MI CHARLA DE HOY

Queridos amiguitos, hoy quiero callar para dejar oír la voz de un poeta chileno que canta al héroe máximo de nuestra historia patria, cuyo natalicio acabamos de celebrar el 20 de Agosto. El canto del poeta dice así:

### O' HIGGINS

*Modelo de virtud, noble guerrero,  
no fué tu guía la ambición villana,  
no fué tu espada el hierro carnicero  
ávido de teñirse en sangre humana.  
El amor de la patria era tu norte,  
un rayo de justicia era tu espada  
y, al conducir al campo tu cohorte,  
a vencer o morir por ti adiestrada,  
sólo al deber sagrado obedecías.  
Con el valor ardiente del patriota  
por la causa más santa combatías,  
y admirable en el triunfo y la derrota  
que en su eterno vaivén la suerte fragua,  
siempre atrevido, ardiente y generoso,  
no sé dónde te elevas más grandioso:  
¡si acaso en Chacabuco o en Rancagua!...*

José Antonio Soffia





# Viajes de Juan Sebastián de Elcano

## CAPITULO IV

Cuando empezó la estación florida, ordenó Magallanes que saliese la nave Santiago en exploración hacia el sur. Partió la nave y encontrando un gran brazo de agua que se metía por tierra, se aventuró por él, esperando, sin duda, atravesar por allí el continente; mas a poco navegar, una deshecha tormenta le sacudió con tanta furia que lo estrelló contra las rocas, con la buena suerte de que no pereciera ni un solo hombre.

Viéndose los naufragos sin medios de volver, determinaron que dos de ellos tornasen a San Julián a llevar la mala noticia y pedir socorro.

Con pena escuchó Magallanes el triste relato; y sin perder tiempo ordenó que se marchase en socorro de los naufragos y que trajeran todo lo que de la embarcación pudiera aprovecharse. Andando una distancia de veinticinco leguas, trajeron aquellos intrépidos héroes todo lo que pudieron cargar sobre sus hombros, atravesando inexploradas sendas, durmiendo al raso y volviendo al campamento extenuados de fatiga y de hambre.

Como se había perdido la Santiago, Magallanes repartió su gente entre las otras embarcaciones y confirió a Serrano el título de capitán de la Concepción. A la Victoria la mandaba Duarte de Barbosa y a la San Antonio Alvaro de Mezquita.

Se dieron a la vela en busca del Estrecho. Llegó la armada al río Santa Cruz, donde había naufragado Serrano, y desde allí continuó hasta un cabo al que pusieron el nombre de Cabo de las Once Mil Vírgenes. Un gran brazo de mar, como de cinco leguas de ancho, se ofreció entonces a los ojos de los navegantes. Todos los corazones saltaron de júbilo sospechando que aquel fuese el Estrecho y de todos los labios brotaron exclamaciones de alegría.

Magallanes destacó dos naves para que se internasen a explorar, y él se quedó en la embocadura donde sufrió una gran tormenta que puso en peligro su nave.

Los exploradores avanzaron por el Estrecho unas cincuenta leguas, y viendo que seguía tan ancho y navegable como al principio, volvieron con gran satisfacción, a dar la buena nueva, que colmó de felicidad al Almirante. Reunió éste inmediatamente su Consejo para de-

cidir. La mayoría optaba por seguir explorando, ya que el entusiasmo de la gente y la placidez de la estación convidaban a ello; mas Esteban Gómez, piloto de la San Antonio y que tenía muchos conocimientos náuticos y gran prestigio entre todos, se opuso, diciendo que ya se había conseguido el objeto del viaje y que era preciso volverse a llevar a España la noticia del descubrimiento, antes de que se perdiese el fruto de tan costosa expedición, pues se hallaban expuestos a morir en aquellas latitudes, ya a causa de una tormenta, o lo que era más seguro, por las enfermedades y el hambre.

No pudo entonces contenerse Magallanes, y poniéndose de pie, dijo con solemne majestad y denuedo:

—Ninguna de esas soñadas dificultades me intimida, y si fuera preciso, sabré comerme, incluso los cueros de banqueta de que están forradas las antenas, antes de retroceder. ¡Pena de la vida al que hable de dar la vuelta!

Nadie se atrevió a replicar; todos acataron el parecer del almirante; unos por convicción y otros por obediencia.

Siguieron por lo tanto avanzando, y no tardaron en encontrarse con un brazo de mar que se dirigía al sudeste. Magallanes ordenó que la nave San Antonio se adelantase y explorase la nueva ruta, mientras él seguía lentamente. Los encargados volvieron después de tres días; mas no hallando la armada donde creían encontrarla tiraron algunos cañonazos y bajaron a tierra a encender fogatas, que no tuvieron contestación alguna. La gente se desconsoló creyéndose aban-

donada en aquellas solitarias regiones, y Gómez, que ardía en deseos de volver a España, aprovechó la ocasión para trazar el cuadro lúgubre que allí les esperaba, añadiendo que tenía la convicción de que se habían ido a pique los demás barcos.

Le ayudaba en su tarea el escribano Jerónimo de Guerra, y entre los dos lograren convencer a los sencillos tripulantes de sus designios. Prendieron, en consecuencia al capitán y pusieron proa a España llegando a Sevilla en Mayo de 1521, haciendo creer que los restantes habían perecido y que ellos eran los únicos portadores de tal descubrimiento.

Cuando Magallanes se convenció de la deserción, quedó anonadado. Perdía con ella al capitán de más confianza y a casi todos sus compatriotas. Este golpe hizo que fuese más humano y más tratable; pero aún así no se atrevía a reunir consejo, por lo que decidió preguntar por escrito a los capitanes, si determinaban volverse o si se arriesgaban a seguir.

Los españoles, que comprendían la tribulada situación del almirante y lo que convenía a la gloria de la empresa, le contestaron que, pues la estación era propicia y los ánimos se hallaban bien dispuestos, no se desistiese cuando ya iban por tan anhelada ruta. Esta respuesta, dada por medio del piloto Andrés de San Martín, reanimó al almirante y fué de todos aplaudida.

Mientras se seguía esperando a la San Antonio, en cuya busca fué la Concepción, envió Magallanes un bote bien tripulado y abastecido para que fuése en busca de la salida del Estrecho. Dicho bote vol-



..Otros tiraban sus gorras a lo alto y todos daban vivas a Magallanes.

vió a los tres días con la gente alborozada y pletórica de entusiasmo, diciendo que habían visto al fin del canal un gran océano de infinito horizonte y de gruesas y obscuras aguas. Ante tan grata nueva, unos saltaban de alegría, otros tiraban sus gorras a lo alto, y todos daban vivas a Magallanes, que sentado en el puente de su nave, estaba silencioso por la emoción que experimentaba. ¡Al fin palpaba la realidad de sus pensamientos!

Bautizaron el paso con el nombre de Estrecho de Todos los Santos; pero la Historia hizo que prevaleciese la denominación de Estrecho de Magallanes.

Cuando los exploradores dieron vista a la extensa llanura del mar que ante sus ojos se desplegaba, y apenas las quillas de los bajeles surcaron aquellas ondas, una nutrida salva de vítores, cañonazos y tiros de mosquetería ahuyentó el

silencio que por tantos siglos había reinado en aquellos parajes.

Nuestros hombres de hierro no se arredraron al aventurarse con tan minúsculas embarcaciones entre las aguas de tan inmenso océano; pusieron las proas al Noroeste, para huir de las frías regiones del Sur, y sin ver más que el azul del cielo, navegaron tres meses en busca de unas tierras que no sabían dónde y cuándo habían de hallar.

La Providencia permitió que su navegación fué tranquila, sin azotarles ninguna tormenta, por lo que llamaron Pacífico al mar que tan denodadamente iban hollando. Pero tuvieron que sufrir de hambre. Tantas privaciones hicieron que enfermasen casi todos y que padeciesen las incomodidades propias del escorbuto.

(Continuará)

# VERGEL INFANTIL

ATARDECER



Se duermen las flores,  
se dobla el junco esbelto  
y sus pétalos y la rosa cierra,  
todos sueñan en los fulgores  
que mañana, el sol resuelto  
brindará a la madre tierra.

El sol ya no alumbraba  
sólo se ve un disco dorado  
que va cayendo tras la montaña,  
va quedando la penumbra  
y el viento helado  
de un atardecer que engaña.

Salta la blanca luna  
mientras ranas y sapos  
cantan en la laguna,  
el venticillo a ratos  
atrae el murmullo del río  
y cerca de la laguna de los patos  
suaves acordes entonan los grillos.

En el cielo han aparecido  
brillantes estrellas  
que parece que tiritaran de frío,  
todas las cosas bellas  
abandonadas por el sol  
se visten con el traje de la noche,  
mientras las estrellas parecen broches  
prendidas en el manto azul.

BRIOPEN.

TODO DOLOR PASA...

Todo dolor pasa  
y todo llanto se aquieta,  
como pasa el agua  
por alguna grieta,  
como pasa el Otoño  
y viene el Invierno,  
como pasa el tiempo  
los días eternos.

Todo dolor pasa...  
Y a nuestros corazones  
vienen nuevas quimeras,  
vienen nuevas ilusiones...  
Y como la Primavera  
que llega cubriendo los campos  
con hermosas flores;  
cuajará en las almas  
la emoción de la vida,  
que abre paso a las alegrías,  
que seca los llantos y mata dolores.

BRIOPEN

BELLEZA

Mirada clara,  
para encontrar  
la Belleza.  
Y no perderla nunca  
y aromarse en ella;  
y ser aroma siempre  
y para serlo todo,  
ser:  
trinos de aguas nuevas  
creación que bulle  
en las sienas del poeta,  
y estalla en 9 palabras blancas...  
—forma, color, movimiento—  
como el niño  
recién surgido en la era  
Corazón latente  
parado en un almendro florido,  
y la palabra MUERTE,  
que el tiempo escribe,  
en las cartas viejas;  
para serlo todo,  
para ser múltiple  
como la belleza pura, trémula,  
para ser múltiple  
como la madre tierra  
¡Fundirme en la nada quisiera!

LILIANA MIRANDA DIAZ



# Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor, el menestral, va en busca de la espada mágica y del guantelete encantado para vencer con esos dos talismanes al señor de Faunas, el matador y despojador de su padre. El mago Persides ayuda al joven encantando su violín cuyas cuerdas avisan al buen mago cuando Lindor está en peligro. Pero la bruja Malagesta ayuda al señor de Faunas. Malagesta se convierte en un inofensivo pastor y conduce al joven al propio castillo de Faunas donde le han preparado una traición.

## CAPITULO XIX



1. Lindor había sido avisado ya por el mensajero del mago Persides de que se hallaba en el castillo de Faunas y que éste le había preparado una traición. El joven fingió no saber nada y comió en silencio. Luego de Faunas lo invitó a su gabinete y se sentó triste.



2. Mientras de Faunas fingía profundo abatimiento, con la frente apoyada en sus manos, Lindor empezó a tocar su violín. De Faunas fingió sollozar y de pronto exclamó retorciéndose las manos: ¡Es espantoso ser acusado de un crimen inicuo que uno ha cometido!



3. Lindor dejó de tocar y respondió: —¿Qué dice usted, señor? —¡Ah, estaba usted ahí, joven! respondió de Faunas suspirando y como si acabase de despertar de un sueño. Amigo mío, prosiguió, hay momentos en que el alma siente la necesidad de desahogarse.



4. Hable usted, señor, dijo Lindor. —Bien, amigo mío. Sucedió que en una ocasión fui a cazar con un amigo mío y por una desgraciada casualidad maté a ese amigo. Ese amigo se llamaba Adrián de Sagremor. —¡Mi padre! exclamó Lindor retrocediendo con un gesto de horror.

# Menestral



5. ¡Vuestro padre! exclamó de Faunas fingiendo una gran estupefacción. ¿Es posible? ¿Entonces no es usted un simple y pobre menestral? —Yo soy hijo del barón Adrián de Sagremor, respondió Lindor con entonación solemne. En el acto, al oír esa declaración el señor de Faunas se echó a los pies del joven diciendo: —¡Perdón, perdón, por piedad!



6. Piedad, siguió suplicando el señor de Faunas sin pararse del suelo. Por mucho tiempo anduve buscando al hijo de mi amigo para explicarle lo sucedido pero, nunca pude hallar la menor traza de su paso ni nadie pudo decirme nunca dónde lo podría hallar. Pero ahora bendigo al cielo porque me lo envió a mi propio castillo. Dadme vuestro perdón.



7. Señor de Faunas, respondió Lindor, puesto que no sois culpable nada tengo que perdonaros. Así, pues, levantáos y no permanecáis en esa posición tan humillante. —¡Gracias, gracias, generoso joven! respondió el farsante castellano. Yo me iré lejos, donde nadie sepa de mí. Pero antes os devolveré vuestros bienes y os abandonaré una parte de mi fortuna.



8. Eso significa que tenéis un buen corazón, dijo Lindor. —No se trata de devolveros lo que os pertenece, señor de Sagremor. Pero quiero pedir os un favor. Hace tiempo oculté en el bosque vecino un guantelete de hierro y una espada que yo quisiera llevar conmigo. Pero no puedo llevarlos mientras no me sean proporcionados por una mano inocente, como la vuestra...

(Continuará)



**RECUERDE:** Damián y Paulina se escapan de la casa después de haber descubierto que son huérfanos y que han sido recogidos por los que ellos creían sus padres. Por el camino encuentran a un moribundo que los hace depositario de una chaqueta en cuyos forros hay oculta una fortuna en billetes. Los niños contraen el compromiso de entregar aquél depósito al heredero del viejo moribundo, un joven que trabaja en las minas de Lota. Al llegar a la región minera los niños sufren un accidente y son alojados en la pensión de una señora del lugar, por cuenta de un extraño personaje llamado el señor Martín. Dos ladrones siguen a los niños para robarles la chaqueta con el tesoro escondido. Pero los ladrones fracasan porque Damián había sacado el dinero antes. El médico visita a los niños.

## CAPITULO XIX

El médico hizo un movimiento para ir en busca del joven Gastón, pero Paulina le dijo:

—Señor, ya que usted nos ha encontrado mucho mejor, nos iremos a la pieza que teníamos antes y allá podremos hablar con Gastón Ramos Barrientos.

—Como ustedes quieran.

Cinco minutos después, Damián, Paulina, el médico y el joven minero estaban reunidos en la pieza de los niños. El perro Betún se había deslizado silenciosamente y se había echado en un rincón. La señora Juana había querido estar también presente en la conversación, pero Paulina le dijo con mucha amabilidad:

—Señora Juanita, le agradecemos todo lo que ha hecho por nosotros y por eso queremos molestarla lo menos que podamos. Por ahora no nos falta nada, señora Juanita.

Era una invitación para salir. Pero la señora Juana se hizo la desentendida. El médico comprendió que los niños querían hablar algo en secreto y los ayudó en esta forma:

—Señora, estos niños tienen que hablar cosas de familia con este joven. Puede usted dedicarse enteramente a sus clientes; yo me quedaré aquí para cuidarlos. Si algo necesitan ya le avisaré.

No era posible seguir haciéndose la desentendida y ña Juanita tuvo que salir del cuarto muy a su pesar, pues, de buena gana, se hubiese quedado allí para saber qué secretos eran los que poseían esos chicos y qué iba a revelar al minero.

El médico cerró la puerta y los niños, sin decir una palabra se precipitaron al lecho donde habían ocultado los fajos de billetes. Y al darse cuenta de que todavía estaban los billetes allí donde los habían dejado, lanzaron una exclamación de regocijo. Y mientras el joven minero y el médico los contemplaban admirados, Damián y Paulina fueron retirando de debajo del colchón todos los paquetitos.

Y cuando los hubieron reunidos todos, se acercaron a Gastón Ramos y le dijeron:

—Señor Gastón, aquí están los billetes que nos entregó su abuelito para que se los diéramos a usted.

—¿Pero... qué... qué es esto? preguntó sorprendido el joven.

—En esos paquetes hay diez y seis mil seiscientos cincuenta pesos. Cuéntelos, señor Gastón.

Maquinalmente el joven fué contando los fajos de billetes y resultó exactamente la suma indicada por el niño Damián.

—¿Pero... todo esto... es para mí? preguntó sin querer dar crédito a lo que veía el joven Gastón.

Gastón Ramos Barrientos había recibido la carta de don Sergio donde éste le hablaba de una fortuna. Pero nunca creyó que podía ascender a tantos miles. Estaba estupefacto, asombrado, casi asustado.

—Hasta ayer sólo vinimos a saber que en el forro de la chaqueta había tanto dinero, explicó Damián. Perdone usted que hayamos sacado la plata del forro... Pero temíamos ser robados por dos ladrones que se llaman el ché Desiderio y Celestino.

—¿Yo perdonarlos? exclamó Gastón impetuosamente. Querrán ustedes decir que debo darles las gracias y que nunca podré pagarles como es debido este servicio... si no hubiese sido porque ustedes sacaron este dinero del escondite en que se hallaba, se habría perdido...

—Yo creo lo mismo, replicó Damián con toda inocencia y sencillez. Esos dos ladrones de que hablamos hace poco, intentaron varias veces robarnos la chaqueta y, si no hubiese sido por los colmillos

de nuestro perro Betún, lo habrían conseguido.

Al oír mencionar su nombre, Betún se puso a mover la cola en su rincón, mientras sus miradas se dirigían cariñosamente a sus amitos.

—Pero, ¿cómo y dónde conocieron ustedes a mi abuelo? preguntó el joven minero con profunda emoción.

Paulina miró a su hermano, vacilante. Responder a la pregunta hecha tan directamente era confesar que habían abandonado el hogar y que no eran sino unos malos muchachos que andaban fugitivos. La presencia de Gastón no los intimidaba mucho; pero la presencia del médico les infundía temor. Sin embargo, Paulina se decidió a hablar. Había que hacerlo.

Ahora que ya habían cumplido con la sagrada misión que el moribundo caminante les había confiado, no había razón para que prosiguiera esa vida errante, esa existencia de vagabundo. Estaban decididos a trabajar y juntar dinero para llevárselo a la buena mamá Catalina. Pero para esto había que decir la verdad.

Paulina empezó con voz temblorosa:

—Encontramos a su abuelito la misma noche que abandonamos nuestro hogar...

—¿Cómo! ¿Abandonaron ustedes el hogar? ¿Y sus padres...? exclamó el médico estupefacto, que estaba muy lejos de esperar aquella desconcertante declaración.

—Sí, señor, respondió Paulina. Nuestros padres no eran nuestros padres, señor.

—Pero, ¿qué estás diciendo niña? ¿Qué enredo es ese?

—Quiero decir que nosotros so-



Señor Gastón, aquí están los billetes que nos entregó su abuelito.

mos huérfanos y que las personas a quienes creíamos nuestros padres, sólo nos habían recogido por caridad en su casa. Descubrimos esto una noche y decidimos dejar el hogar para no ser una carga...

Paulina se detuvo. El recuerdo de aquella noche le hacía subir las lágrimas a los ojos y la emoción la ahogaba.

—¿Y después? preguntó el médico con voz cordial e indulgente.

Paulina, más animada por aquella demostración de bondad, continuó:

—Salimos sigilosamente de casa y caminamos derechamente ante nosotros en medio de la noche, sin más cuidado que alejarnos cuanto antes de aquel hogar que no era nuestro y después de andar un buen trecho encontramos en el camino a un anciano atropellado por un automóvil. Apenas tuvo tiempo para comunicarnos sus últimos de-

seos y entregarnos la chaqueta con la fortuna escondida en el forro.

Sin ser interrumpida, Paulina hizo el relato completo de todas las aventuras que les habían ocurrido desde la salida de su casa en el pueblecito de Navidad, cerca de la desembocadura del río Rapel. Damián intervenía de cuando en cuando para ayudarla cuando la memoria le fallaba. Y cuando por fin terminó, el médico le dijo:

—¿Y qué piensan hacer ahora, niños?

Trabajar, contestaron a dúo los huerfanitos.

Y Damián agregó:

—Yo quisiera ser minero... como el señor Gastón. Si él quisiera ayudarme para hacerme entrar en la mina...

—Es usted muy niño, Damián, replicó el joven minero.

—¿Y qué hay por eso? ¿No podría ayudar en algo? Acarrear

cualquier cosa, empujar los carrillos...

El médico y Gastón sonrieron. Damián pensaba como niño que era, sin comprender la brutalidad del trabajo minero.

—Yo puedo ganar dinero cosiendo y tejiendo, dijo Paulina. Y cuando hayamos juntado lo bastante, escribiremos a mamá Catalina para que se venga a vivir con nosotros.

—¿Crees tú, niña, que mamá Catalina vendría a una palabra de ustedes y dejaría a su marido que sin duda no es tan malo como ustedes suponen. La miseria es mala consejera, niños. Y si ese honrado pescador tuvo momentos de impaciencia, sin duda ahora debe estar arrepentido de ellos y debe sentir mucho que ustedes hayan abandonado su casa. Ustedes son muy niños todavía para manejarse solos en la vida es necesario que escuchen los consejos de personas que tienen gran experiencia de la vida. Ustedes son niños buenos y merecen protección. Yo me encargaré de ayudarlos.

—Disculpe, señor doctor, dijo Gastón; pero creo que yo tengo la obligación de ayudar a estos niños. Yo debo compartir con ellos el dinero que supieron guardar con tanto celo y sacrificio para mí.

—Lejos de mí la idea de impedir que ayudes a estos niños, replicó el médico. Pero dime: ¿qué quieres hacer?

—Tenerlos en mi casa y dar a cada uno \$ 2.000. Quiero poner un taller de mecánica y, si ellos quieren podrán ayudarme. Damián trabajaría conmigo, yo le enseñaría, mientras Paulina se encargaría de

los quehaceres de casa. ¿Qué le parece, señor doctor?

—No es mala idea, mi buen Ramos, y eso me demuestra que los miles llovidos del cielo han caído en buenas manos. ¿Qué dicen ustedes, niños? agregó dirigiéndose a los huerfanitos que se habían acercado a ese grande y honrado muchacho que demostraba tener tan buen corazón.

—A mí me parece bien, dijo Damián.

—Pero por el momento yo me quedaré con la señora Juanita, dijo Paulina. Una niña no debe quedar sola en la casa.

—Tienes razón, Paulina, dijo el doctor. Eres muy pequeña para hacer de dueña de casa. Yo por mi parte, creo que lo mejor que pueden hacer ustedes es escribir cuanto antes a mamá Catalina para tranquilizarla.

—¿Y por qué no vuelven allá, mejor? propuso de pronto Gastón Ramos. Sí, eso es lo mejor. Ahora irán ustedes con plata y no serán una carga para esas buenas gentes. Y si ustedes me permiten, yo los acompañaré.

Esta proposición fué recibida con entusiasmo por los dos niños y obtuvo muy buena acogida de parte del médico.

—Y no escribiremos nada, para darles una sorpresa, dijo Damián.

Bien, hijos míos. Por ahora deben ustedes descansar todo el día y servirse los alimentos que les preparará la señora Juana y que yo le he indicado. Mañana irán a Coronel para comprar ropas y zapatos. Ahora me voy y no volveré hasta la tarde. ¿Hasta pronto, niños!

# HISTORIA GRAFICA



129. En el año 1600, la situación del "reyno de Chile" era desesperada, no sólo por las embestidas triunfantes de los araucanos, sino también porque muchos españoles se pasaban a las filas de los indios para vivir como ellos, del pillaje y de los saqueos.



130. Por ese mismo tiempo llegó a Chiloé un pirata holandés llamado Baltazar de Cordes que se unió a los indios y en su compañía saqueó la ciudad de Castro. Don Francisco del Campo acudió en socorro de los chilotes y logró por fin rechazar a los piratas holandeses.



131. Los indios habían cometido toda clase de barbaridades durante el saqueo de la ciudad. Por eso, cuando cayeron treinta y ocho caciques en manos de don Francisco del Campo, éste hizo ahorcar a treinta y los demás fueron quemados dentro una choza.



132. En medio de tantas y tan continuadas luchas, no había tiempo para trabajar la tierra y la miseria era general. Las únicas distracciones de los habitantes eran las peleas de gallos y carreras de caballos. Con estos elementos, la vida no podía ser más triste.

# DE CHILE



133. Por otra parte, la guerra incesante había duplicado en los araucanos el amor a la independencia y el orgullo de su valor. El propio gobernador, don Alonso de Sotomayor, afirmaba que "los indios se van haciendo tan soldados que cada día inventan nuevas tácticas".



134. Nada amedrentaba ya a los araucanos y mostraban un desprecio casi absoluto por la muerte y los suplicios. Cuando se los condenaba a la horca, ellos mismos indicaban el árbol más alto. Y cuando se les cortaban las manos, apenas veían caer una ponían la otra.



135. Más de una vez se habló de abandonar a Chile, pero nunca este designio se llevó a la práctica, pues todos elogiaban la tierra pintándola como la más templada, sana y abundante del mundo, donde todos podían comer de balde, aunque se careciera de vestuarios.



136. En efecto, en Chile, antes de la llegada de los europeos, no se conocían alimañas. La polilla, las baratas, las moscas, los ratones y otros bichos vinieron en los barcos españoles. El gorgojo y los pulgones, entraron con los cereales y las plantas.

(Continuará)

# UN QUERUBIN DISTRAÍDO

Como todos los niños saben muy bien, junto con nacer un niño el buen Dios envía un angelito para que lo acompañe durante su jornada en la tierra, lo guíe y lo defienda de todos los peligros.

Estos son los ángeles de la guarda.

Ahora bien. En un rincón del paraíso, está la oficina que se encarga de estos menesteres y es San Roque, patrón de los caminantes, quien la dirige. Este santo es por lo general, muy alegre y campechano, pero le gusta que en su oficina todo marche en orden. Tiene un gran sentido de la organización.

Junto a su oficina y separado por una verja de oro, se extiende un maravilloso parque donde viven los niños que van a nacer. A menudo conversan con los ángeles que pasan y se escuchan diálogos como éste:

—Angelito, ya me han notificado que en cinco meses más bajaré a la tierra.

—Pídele a San Roque que yo sea tu ángel guardián.

—Caramba, chico; fíjate que ya se lo prometí al que me trajo unos rayitos de luna en días pasados. Porque yo voy a ser pintor allá abajo.

—¡Es lástima! Con lo que me hubiera gustado acompañarte...

—Yo también lo siento. Si me lo hubieras dicho antes.

Y los angelitos viven pegados a la verja de oro, a ver si algún niño los propone a San Roque por Ángel de su Guarda.

Y tiene su explicación, pues cuando un ángel ha sido guardián de un niño, le entrega el Señor

otra aureola a más de la que ya tenía. Algunos son tan solicitados que bajan tres y cuatro veces a la tierra y lucen una verdadera torrecilla en la cabeza.

El caso es que, entre los millones de ángeles que moran en el cielo, había un querubín gordote y mofletudo, buenísimo, como que era un querubín, pero muy distraído.

Se moría por ser el Ángel de la Guarda de algún pequeñín, y cuando no andaba en la luna, pasaba pegado a la verja de oro.

Siempre llevaba algún regalillo para los niños, a ver si de esta suerte se interesaba alguno por él. Se instalaba allí; desde temprano y haciéndose el desentendido comenzaba a jugar con lo que había llevado hasta que acudía algún curioso.

—¿Qué tienes ahí, Querubín?

—¿Quién, yo? Una leserita...

—Déjame verla. ¡Qué bonita!...

¿Me la regalas?

—Bueno, pero si le pides a San Roque que yo sea tu ángel de la Guarda. Y tras decir esto se quedaba mirando con ojitos tan suplicantes y expresión tan ansiosa que todos se largaban a reír, y nacían niños y más niños y algunos compañeros lucían hasta diez aureolitas, mas el pobre querubín, nada...

Y era tal su deseo, que en los coros celestiales se quedaba con la boquita abierta en la mitad del canto, de pronto volvía a la realidad y comenzaba a entonar el Gloria cuando ya todos decían Amén.

Santa Cecilia, que es la directora de estos coros, perdía a veces la paciencia y entonces le tiraba una orejita.

Cierto día vió paseando por el parque un niño con grandes gafas y un enorme libraco bajo el brazo.

Lo llamó con un chiflido, lo llamó varias veces sin que el otro pareciera escucharle. Por último y a fuerza de pujar logró meter la cabeza y un brazo por entre los barrotes y al pasar el niño por su lado cogiólo de un brazo, diciendo:

—¿Que no oyes que te llaman, malerriado?

—Palabra que no, repuso el de las gafas, sobresaltado.

—Pues yo te estoy llamando hace rato. Dime, ¿cuándo vas a bajar a la tierra?

—No sé ni me preocupa. Yo voy a ser un gran sabio.

—Espléndido. Entonces no te comprometas con nadie, pues yo voy a ser tu Angel de la Guarda, ¿oíste?

—Como quieras, a mí me da lo mismo... Yo voy a ser un gran sabio.

Y diciendo esto el futuro sabio se marchó volviendo a sus graves pensamientos.

Nuestro buen angelillo, con la prisa que tenía por ir donde San Roque con la noticia, se vió en duros aprietos para sacar la cabeza de la trampa en que él mismo se había metido y tan afligido se vió que comenzó a llorar a gritos. Al oírlo acudieron sus compañeros y varios santos que por ahí pasaban. Eran tales los gritos del afligido querubín que se hubo de recurrir al patrón de los cerrajeros para sacarlo de ahí.

Todo magullado y lloroso pero sin embargo feliz, corrió a la oficina de San Roque y le notificó que el niño de las gafas lo había nombrado su Angel Guardián.



Querubín no era un buen Angel de la Guarda.

San Roque lo miró por sobre sus lentes y acariciándose la barba le preguntó:

—Por lo que veo aún nos has sido Angel de la Guarda, ¿verdad?

El querubín se puso colorado y agachando la cabecita contestó afirmativamente.

—Pues has de saber, que un ángel de la guarda tiene muchas obligaciones y muchas responsabilidades. Yo no acepto que mis ángeles descuiden sus obligaciones ni que haya reclamos al respecto.

El angelillo movía la cabecita enérgicamente.

—Me alegro de que hayas sido elegido, prosiguió San Roque, y espero que sabrás cumplir fielmente tu deber.

Y tomando una pluma larga, abrió un libro grande y ahí anotó:

—Pepín Pantojas, futuro sabio. Angel de su Guarda, Querubín.

Y Querubín se marchó feliz, dicho sea, loco de alegría.

Todo los días se instalaba en la



Logró meter la cabeza por entre los barrotes.

oficina para saber cuándo nacería don Pepín Pantojas. Tenía aburrido a medio paraíso y bien pronto ángeles y santos desearon que don Pepín Pantojas se marchara luego a la tierra, a ver si de una vez dejaba Querubín de molestarlos. De modo que hubo que adelantar la fecha de nacimiento, bajando mucho antes de lo que se pensaba.

Era de ver a don Pepín en su cuna, muy serióte, chupándose ansiosamente el dedo pulgar, mientras Querubín revoloteaba en torno ejerciendo sus funciones lleno de importancia.

Ya hemos dicho que el angelote era bueno como el pan, pero más distraído... Por esto don Pepín comenzó su famosa vida cayéndose de la cuna y con grandes cotos en la cabeza; afortunadamente era estoico en grado sumo y a lo más lanzaba un gruñido de protesta el cual servía para que su flamante ángel guardián bajara de las nubes.

Cuando comenzaba a caminar, se

cayó cierta vez en un estanque, mientras querubín curioseaba un nido de pájaros trepado en la copa de un árbol.

De resultas, el niño cogió una pulmonía que casi le impide llegar a sabio.

La madre, afligida, exclamaba a gritos:

—Pero, ¿es que mi hijo no tiene un Angel Guardián, Dios mío?

El Señor, que siempre está atento a los ruegos de las madres, tomó nota de éste; al punto mandó llamar a San Roque y le dijo:

—Acabo de recibir un reclamo de la madre de un tal Pepín Pantojas, que pregunta si su hijo tiene o no Angel de la Guarda, pues acaba de caerse en un estanque y de resultas ha cogido una pulmonía.

El santo se rascó la cabeza.

—De tenerlo, lo tiene, contestó. No baja un solo niño a la tierra, sin llevar uno a su lado. Me suena el nombre. Voy a ver en mi libro, Excelsa Majestad.

### Un Querubín Distráido

Muy afligido se marchó San Roque por esta llamada de atención, la primera desde que administrara la oficina. Al buscar en su libro grande, encontró lo que había escrito con su pluma larga.

Se dió una palmada en la frente y gritó como el famoso griego:

—¡Eureka! Ya sé cuál es el majadero que sirve de guardián al tal Pantojas.

Al punto envió a la tierra un ángel que andaba desocupado con órdenes estrictas de enviar inmediatamente de regreso a Querubín.

Al paso que iban, con tanto porrazo, con tanto cototo, don Pepín Pantojas no llevaba trazas de ser un gran sabio, lo más probable era que, cuando grande le preguntaron si había sido golpeado en la cuna.

Al atardecer, mustio y cariacontecido se presentaba ante San Roque el buen Querubín.

—Tunante, tronó el santo, ¿es así

como cumples tu sagrada misión de velar por don Pepín?

Y sin más, cogiéndolo de un brazo lo puso boca abajo sobre sus rodillas y levantándole el pollerín le propinó unas palmadas.

—Y ahora, badulaque, vas a quedar cesante y no podrás volver a ejercer la profesión mientras no hayas reunido plumas suficientes para que tus alas puedan volar.

Y como quien despluma una gallina, mientras el fracasado Angel Guardián, llorando gruesos lagrimones del porte de un garbanzo, se sobaba la parte dolorida, fué desplumando sus alitas dejándole una plumita de muestra para saber el color.

Y ahora el pobre Querubín anda cesante por el paraíso con un tarrito en la mano, pidiendo una plumita por caridad, para este angelito que no puede volar.

*Por Esther Cosani*

## Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

**OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD**

5 Premios de . . . . . \$ 200

5 " " . . . . . " 100

10 " " . . . . . " 50

Cortes de género.

Cortes de casimir.

Baterías de cocina.

Medias.

Suscripciones semestral a

"EL COLEGIAL".

Pelotas de futbol.

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radios.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Calcetines.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

**y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140**



**RECUERDE:** Felipe Merande, un explorador del Africa, ha logrado reunir una enorme fortuna en piedras preciosas. Unos bandidos lo persiguen y Merande esconde el tesoro. Rodeado por los bandidos y sabiendo que está perdido, escribe una carta acusando a sus asesinos y por medio de una clave indica dónde está enterrado el tesoro. Su sobrino Santiago recibe la carta y asociándose con su tío materno Juan Salvere y con un antiguo compañero de colegio, organiza una expedición. Después de muchas aventuras exterminan a los principales culpables y toman prisioneros a los demás bandidos. Al seguir en busca del sitio donde está el tesoro, Santiago Merande es atacado por una serpiente y está a punto de sucumbir.

## CAPITULO XV

Malek montó a caballo y echó a correr con la agilidad que le era tan característica. Atravesó el espacio libre y al llegar a la parte donde el terreno formaba una depresión, el tuareg divisó la terrible escena. Como un kilómetro lo separaba todavía del lugar donde estaba ocurriendo el horrible espectáculo y aunque solo le bastarían dos o tres minutos para franquear esa distancia el fiel Malek temía llegar demasiado tarde.

Como una exhalación se precipitó al correr de su caballo. Malek no estaba ya sino a cien metros de distancia. Unos pasos más y el tuareg saltó de su caballo junto a la

enorme serpiente que tenía estrechado entre sus mortales anillos el cuerpo del infortunado Santiago Merande. Brilló un gran puñal en la diestra de Malek y en menos de treinta segundos, el monstruoso reptil fué cortado en dos pedazos que se retorcieron desenroscándose y dejando libre el cuerpo de Merande.

El tuareg tomó al desmayado Santiago en sus brazos y lo llevó bajo la sombra de un pequeño árbol y allí se puso a examinarlo para ver si tenía alguna herida. Luego apoyó un oído sobre el pecho del joven y un relámpago de satisfacción brilló en los ojos del tuareg. El corazón de Santiago Merande latía débilmente. Malek lanzó un silbido y su caballo se acercó al punto. El árabe descolgó el odre suspendido a la silla y con muchas precauciones echó unas gotas en los labios del joven que permanecía en estado inconciente. Pero este remedio no produjo ningún efecto. Malek, impotente y con el espíritu fatalista de los árabes, murmuró:

—¡Estaba escrito!

En seguida se levantó y miró en dirección de la caravana. Algunos jinetes avanzaban corriendo y entre esos jinetes Malek reconoció a Salvere y a Gabriel Montrose. Malek levantó los brazos al cielo y lanzó una exclamación que demostraba al mismo tiempo su fe musulma-

na y su confianza en el jefe blanco.

—¡Después de Alá y de Mahoma, el jefe es grande!

Minutos después, Salvere y Montrose estaban arrodillados junto a Santiago. Reinaba un silencio de catástrofe. El sabio don Juan examinó rápidamente a su sobrino. Luego aplicó su boca sobre la del joven y le insufló su aliento. Pronto un movimiento del pecho del joven indicó que éste empezaba a reaccionar.

—Tenemos que operar como si Santiago hubiese estado a punto de morir ahogado, dijo don Juan a Montrose.

Y entre ambos empezaron a prestarle todos los auxilios necesarios, movimientos de los brazos y tracción rítmica de la lengua. Gradualmente Santiago empezó a respirar, sus ojos se animaron y su cara pareció menos congestionada. Los demás lanzaron exclamaciones de sorpresa y de entusiasmo, mezclados con cierto religioso temor, como si acabasen de asistir a una verdadera resurrección. Malek contemplaba todo aquello con calma y satisfacción; sabía que el jefe era grande, ¿por qué admirarse tanto?

Al principio Santiago permaneció aturdido, como alguien que acaba de despertar de un sueño. Y por fin, poco a poco, fué adquiriendo noción exacta de las cosas y personas que lo rodeaban.

—¡Aquí estamos, Santiago! dijo Montrosé.

—Somos nosotros, agregó su tío Juan.

—¡Oh... sí... ya recuerdo... la serpiente... ¡Me salvaron!

—Malek te salvó. A él solo debes la vida.

Santiago se volvió hacia el admi-

nable Malek y mirándolo con ojos de gratitud profunda, le tendió la mano. El árabe se inclinó, tomó la mano que el joven le tendía y la colocó contra su pecho en señal de fidelidad.

—¿Te sientes mejor? preguntó Salvere.

—Respiro... con dificultad... parece que... tengo las costillas... hundidas... quebradas.

Salvere lo examinó de nuevo con todo cuidado.

—¡Oh, no tienes ningún hueso roto, sobrino! Dos o tres días de descanso y te encontrarás tan bien como antes; pero prométeme que no volverás a alejarte de la caravana sin mi consentimiento.

Durante varios días sintió Santiago Merande adoloridos sus miembros especialmente los brazos y las costillas. La caravana avanzaba lentamente y Santiago era ayudado por Malek hacia quien el joven francés demostraba gran afecto.

Pasado el espacio arenoso y desierto, la caravana había entrado nuevamente en la selva y al cabo de varios días de marcha, los mungos y los gamanas anunciaron que había señales de que el límite de la selva no estaba lejos.

Al anochecer acamparon en la orilla de un pequeño arroyo. El campamento se organizó con premura antes que desapareciera por completo la luz del crepúsculo. Dos gamanas estaban al cuidado del extremo oeste. No habían encendido fuego y estaban sentados sobre una enorme raíz de árbol, esperando que les llevaran de comer. Salvere casi conocía a todos los hombres de la caravana y sabía darles órdenes en su propio idioma rudimentario.



¡León!, exclamó el negro convulsivamente

Llamó, pues, a los hombres que hacían de centinela en el extremo oeste, sumido en la penumbra y les recomendó que no descuidaran la vigilancia.

—Todo tranquilo, amo, respondió uno. No hay...

El negro se interrumpió e hizo un gesto de terror. En la luz cenicienta, a cincuenta pasos de distancia, acababa de surgir una forma poderosa, un cuerpo ágil, flexible, una enorme cabeza donde relucían dos fuegos verdosos.

—¡León! exclamó el negro convulsivamente.

Salvere echó mano a la correa de su fusil; pero antes que el arma estuviera en disposición de ser usada, el león dió un salto enorme en dirección de los dos negros. Uno echó a correr, mientras el otro se quedó clavado por el espanto, como si hubiese echado raíces en el suelo. Otros dos enormes saltos y el león caería sobre el pobre negro que lanzó un grito desesperado y lamenta-

ble viéndose ya entre las garras de la terrible fiera.

Salvere comprendió que si disparaba, corría el riesgo de fallar el tiro o matar al pobre negro. Rápido como el pensamiento sacó la linterna eléctrica que llevaba colgada en el cinturón y lanzó el enceguedor rayo luminoso hacia la cabeza de la fiera. Al mismo tiempo avanzó lanzando enérgicos gritos. Aquellos gritos y sobre todo aquella extraña luz que le encegueda, pareció llenar de estupor el alma oscura de la fiera. Vaciló un instante y luego fué retrocediendo lentamente, mientras movía su enorme cabezota de un lado a otro, tratando de esquivar el chorro de luz. Luego, repentinamente, dió media vuelta y dando saltos enormes desapareció en la obscuridad.

Este incidente fué el último que perturbó la marcha en la selva. Al día siguiente, abriéndose paso a fuerza de hacha, la caravana avanzó tratando de llegar cuanto antes

al límite que se anunciaba cercano. Y an es del crepúsculo llegaron por fin a una vasta llanura que se extendía hasta el confín del cielo. Mientras Salvere y Santiago contemplaban el melancólico paisaje amarillento, Kunú se acercó silenciosamente y mostrando con su mano el punto del oriente, dijo:

—Allá murió amo Felipe...

Santiago sintió su corazón profundamente conmovido. Y aquella monótona superficie adquirió de pronto para él una solemnidad extraordinaria. Le pareció que el alma de su tío asesinado planeaba por encima de aquellas soledades. Entonces el joven extendiendo sus dos manos hacia la vasta llanura exclamó con exaltación:

—¡Tío, estás vengado!

Durante un buen rato permaneció Santiago inmóvil, con la cabeza descubierta, con los ojos fijos en el Oriente.

La caravana, detenida un momento, prosiguió su camino, esta vez guiada por Kunú y por Niembé. Al cabo de hora y media de camino por la llanura la caravana se detuvo a una señal de los dos guías.

Habían llegado a una especie de circo arenoso, el sitio preciso donde se había desarrollado la última parte del terrible drama que había puesto fin a la vida del explorador Felipe Merande. Por aquí y por allá crecían algunas hierbas rígidas y algunos rudos cactus. Y entre estas hierbas y arbustos fueron apareciendo unos esqueletos humanos. Restos y jirones de tela cubrían todavía a algunos de esos esqueletos. Santiago se precipitó el primero de todos sobre aquellos restos con la esperanza de reconocer

los humanos despojos de su pobre tío Felipe Merande.

Durante un tiempo estuvo rondando entre las arenas y los cactus sin divisar ningún indicio que pudiera hacerle reconocer los despojos de su tío, a pesar de que examinaba con profunda atención los huesos emblanquecidos, tratando de descubrir algún detalle característico.

Bruscamente se detuvo y sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Un cráneo yacía ante él, un cráneo sobre el cual se veían adheridos fragmentos de piel, de barba y de cabellos. Y en esa lamentable cosa, el joven reconoció, sin ninguna duda posible, la cabeza de Felipe Merande. Esos cabellos rígidos y muy gruesos, aquella frente curiosamente oval y con dos protuberancias encima de los ojos, o mejor decir, de las cuencas, no podían pertenecer sino a Felipe Merande.

—¡Pobre tío! murmuró Santiago.

Y mientras se arrodillaba sobre la arena, el joven veía en la imaginación una imagen intensamente clara, veía a su tío fusilado por los bandidos.

El joven ocultó su rostro entre las manos y sollozó silenciosamente.

Una mano se posó sobre su espalda y una voz suave le dijo:

—¡Valor, hijo mío!

Era la voz de su tío, la mano posada sobre su espalda era la de su tío Juan Salvere, era esa misma mano que siempre lo había sostenido afectuosamente en la vida.

—¡Gracias, tío Juan! exclamó el joven poniéndose de pie y secando rápidamente sus lágrimas ardientes.

(Concluirá)



# QUIEN RAPTO

# QUIEN RAPTO

CAPITULO XIX



1.—La velocidad del coche era tan grande, que fué imposible evitar la catástrofe. Un poco antes de llegar a la curva, Jeff recomendó a Carol y a Jim que saltaran.

2. Así lo hicieron todos. Saltaron a un lado del camino donde crecían unos matorrales, de modo que cuando el coche se volcó, los pasajeros ya no estaban dentro de él.



3. Pero Jeff, Carol y Jim no podían alejarse mucho de aquel sitio y pronto fueron descubiertos por el mayoral y su ayudante que se presentaron armados de sendos revólvers.



4. Se han puesto Uds. fuera de la ley, dijo el mayoral. Y Carol le replicó:—Sabíamos que unos cuatreros iban a raptar a mi padre y por eso tomamos el coche para llegar pronto.



5. ¿De dónde son? —Del rancho Double V. —Por allí tenemos que pasar, dijo el mayoral. Ayúdenos a parar el coche. Veremos más tarde si han dicho ustedes la verdad.



6. Jeff, Carol, el mayoral y su ayudante unieron sus esfuerzos y lograron enderezar el pesado coche, mientras Jim se encargaba de enganchar de nuevo los caballos.

# A HENSON?



7. Poco después el coche proseguía su camino en dirección del rancho Doble V y por el camino Jeff acababa de explicarle al mayoral los planes de los desalmados cuatros.



8. Al cabo de media hora divisaron el rancho Doble V. En ese mismo instante los cuatros corrían en grupo alrededor del rancho. —¿Se atreve a pasar por en medio? dijo Jeff.



9. Por toda respuesta el mayoral azotó los caballos y el coche pasó velozmente por entre los cuatros, mientras Jeff, Carol y Jim disparaban sus armas de fuego.



10. Después de pasar por en medio de los bandidos el coche llegó al patio del rancho Doble V. Un vaquero salió gritando: —¡Señorita Carol; se han llevado a su papá!



11. Carol se puso pálida y saltó del coche seguida de todos los demás. Jeff corrió en busca de un caballo y exclamó: —Lo seguiré y arrancaré a Bill Henson de sus manos.



12. Mientras tanto, los bandidos hicieron un breve alto y el jefe dijo a uno de ellos: —Quédate para cubrir la retirada, Johnson! Ocúltate entre los peñascos.

(Continuará)

# LA HIJA DE LA LUNA

## CAPITULO V

Y por aquel entonces, sus padres adoptivos notaron que cada noche se sentaba la princesa en la galería y estaba largas horas mirando la luna, con aire del más profundo abatimiento, que siempre terminaba en un mar de lágrimas. El anciano la encontró una noche llorando de aquel modo, como si se le rompiera el corazón, y le suplicó que le confesara el motivo de su pena.

Sin dejar de llorar, le dijo ella que había adivinado al suponer que no pertenecía a este mundo, que en realidad descendía de la luna y que su permanencia en la tierra tocaba ya a su fin. El día quince de aquel mismo mes de Agosto, sus amigos de la Luna bajarían a buscarla y tendría que volver. Allí estaban sus padres, pero al vivir en la tierra los había olvidado como olvidó también el mundo lunar de donde procedía. Lloraba, dijo, al pensar que tenía que separarse de sus buenos padres adoptivos y abandonar la casa donde tan feliz había sido durante tanto tiempo.

Cuando sus doncellas oyeron esto, se entristecieron tanto, que ni podían comer ni beber por la pena que les causaba el pensar que la princesa las abandonaría tan pronto.

El Emperador, así que le llegó la noticia, mandó mensajeros a enterarse de si era cierto.

El cortador de bambúes salió a recibir a los mensajeros imperiales. En pocos días, se había operado un cambio en el anciano; estaba

envejecido de pena y parecía tener mucho más de ochenta años. Entre amargo llanto, les dijo que la noticia era por desgracia demasiado cierta; mas a pesar de todo, procuraría coger prisioneros a los enviados de la luna y hacer todo lo posible para impedir que se llevaran a la princesa.

Los emisarios volvieron a contar al Emperador todo lo ocurrido. El día quince de aquel mes, el Emperador envió una guardia de dos mil guerreros para que vigilasen la casa. Mil de ellos montaron la guardia en la azotea y los otros mil se distribuyeron guardando las entradas. Todos eran arqueros consumados, diestros en el manejo del arco y de la flecha. El anciano y su mujer ocultaron a la princesa en una estancia interior.

El anciano dió la orden de que nadie durmiese aquella noche. Todos habían de ejercer en la casa una estrecha vigilancia y estar dispuestos a proteger a la princesa. Con estas precauciones y la ayuda de la gente armada del Emperador, esperaba mantener a raya a los emisarios de la luna; pero la princesa les advirtió que todas aquellas medidas para retenerla serían inútiles, porque cuando su gente viniera a buscarla, nadie ni nada podría impedir que llevaran a cabo su misión. Ni los guerreros del Emperador podrían hacer nada. Y añadió con lágrimas en los ojos que estaba apenadísima de tener que separarse de él y de su mujer a quienes amaba como a sus propios padres; que si fuera dueña de su persona



A estas palabras las puertas se abrieron por sí mismas y apareció la princesa.

permanecería con ellos para acompañarlos en su senectud, procurando recompensarle la bondad con que la habían tratado durante su vida en la tierra.

¡Y llegó la noche! La luna amarillenta de Agosto se elevó en el cielo bañando el mundo dormido con su luz de oro. El silencio reinaba en los pinares y en los boscajes de bambúes y en la azotea vigilaban los mil hombres armados.

Transcurrían las horas y la noche empezó a tomar un color gris hacia el oriente y todo parecía indicar que había pasado el peligro, que la princesa Luz de la Luna no tendría que abandonarlos, después de todo. Y he aquí que de pronto, los guardias vieron una nube alrededor de la luna, y mientras miraban, advirtieron que aquella nube empezaba a moverse hacia la tie-

rra. Y cada vez la veían más cerca y todos se fijaron con desaliento que bajaba en dirección a la casa.

Al poco tiempo el cielo quedó obscurecido por completo, hasta que por fin la nube se paró sobre el edificio, a unos 10 pies del suelo. En medio de la nube había una carroza descubierta, y en la carroza, un grupo de seres luminosos. Uno de ellos, que parecía un rey y en realidad era el jefe, bajó de la carroza y, suspendido en el aire, llamó al anciano ordenándole que saliese.

—Ha llegado el momento, dijo, de que la princesa Luz de la Luna, vuelva al astro de donde bajó. Cometió una grave falta y en castigo se le mandó vivir aquí por algún tiempo. Sabemos con cuánta diligencia has cuidado de la princesa y te hemos premiado enviándote riquezas y prosperidades. Nosotros

## La Hija de la Luna

poníamos el oro que tú encontrabas en los bambúes.

—Hace veinte años que vive conmigo la princesa y nunca ha cometido la menor falta, de modo que no puede ser ella la señora que buscáis, replicó el anciano. Os ruego que vayáis a buscarla a otra parte.

Entonces el mensajero gritó diciendo:

—Princesa Luz de la Luna, sal de esta humilde morada. No permanezcas aquí un momento más.

A estas palabras las puertas de la casa se abrieron por sí mismas y apareció la princesa en todo el esplendor de su belleza.

El mensajero la condujo y la acomodó en la carroza. Ella se volvió y al ver con tristeza el hondo pesar del anciano, le dirigió frases de consuelo, repitiéndole que no lo dejaba

por voluntad propia y que pensase en ella siempre que mirase a la luna.

El pobre anciano quería acompañarla, pero no le fué permitido. La princesa se quitó la capa bordada y se la echó en recuerdo.

Uno de los seres que estaba en la carroza sostenía un admirable abrigo de plumas, otro aguantaba un frasco lleno de Elixir de la Vida, que dió a beber a la princesa. La princesa sorbió un poco y quería dar el resto al anciano, pero no le fué permitido hacerlo.

Ya iban a echarle a la espalda el abrigo de plumas, cuando ella dijo:

—Esperad un poco. No debo olvidar a mi buen amigo el Emperador. He de escribirle otra vez despidiéndome, mientras conservo la forma humana.

F I N



Pinte este cuadro; 1 gris; 2, amarillo; 3, blanco; 4, verde; 5, azulino; y envíelo a Cheche. Correo 3.—Santiago—se le dará un premio de \$ 5.00 al mejor cuadro pintado.

# BERNARDO O'HIGGINS



O'Higgins nació en Chillán el 20 de Agosto de 1778. Su padre fué don Ambrosio O'Higgins, irlandés, Gobernador General de Chile durante la colonia y después virrey del Perú.

Pasó su niñez en Chillan, donde hizo sus estudios en un convento de misioneros franciscanos, en seguida pasó a Lima. Después su padre lo envió a estudiar a Inglaterra.

Nueve años permaneció O'Higgins en Europa, en cuyo tiempo adquirió conocimientos en humanidades, hablaba perfectamente inglés y francés.

Habiendo decidido su familia que regresara a América, se dirigió de Inglaterra a España para embarcarse en el buque que debía conducirle a su patria.

O'Higgins principió a servir a Chile con el título de coronel de milicias de La Laja.

En este grado sobresalió en las primeras campañas por su coraje y valor.

Las batallas más famosas donde triunfó con un puñado de valientes fueron la de Rancagua, Cancha Rayada y otras.

Después de su renuncia, el general O'Higgins fué a radicarse al Perú donde falleció el 24 de Octubre de 1842; sus restos fueron trasladados a Santiago de Chile en 1868 con gran pompa.

Como homenaje se le erigió una estatua en la capital, en la Avenida de las Delicias, que hoy lleva el nombre de este gran héroe.

*Esperidión Segovia V.*  
(Cheche)



# De lucha quedan hartos los súb



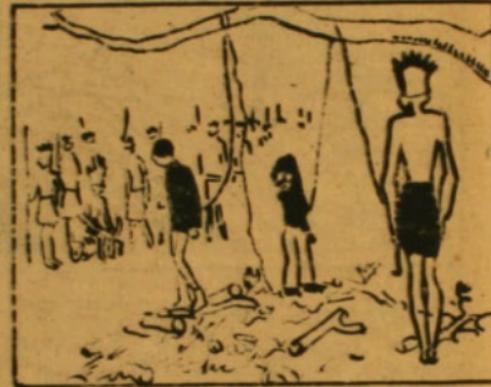
1. Los negros y los monos han dispuesto rescatar al amigo y a Pepito, sin reparar lo que suponga esto. Ya el ejército sale formado.



2. Los monos, que sabéis son energícos, van guiando al señor Gobernador, siguiendo los caminos estratégicos que hacen la marcha fácil.



3. Cerca ya del lugar de la tragedia, arrastrándose, van sin decir nada, pero un mono denuncia la comedia que quiere hacer con él un aliada.



4. Muerde Lagartos, muy bien escoltado, preside la función que desespera, los niños, que jamás se han asustado; esperan que les tuesten en la hoguera.



5. Pero llegan de pronto unos espías, denunciando los planes enemigos. La verdad, se presentan malos días para Muerde Lagartos y Cien Higos.



6. En vista de lo cual el rey ordena que apresuren la vil ejecución, sin esperar a que la luna llena, presencie aquella fiesta del tizón.

# ditos del Rey Muerde Lagartos



7. Se enteran los amigos de Pepito y llegan en el crítico momento de impedir que achicharren al negrito. ¡Se han llevado a Pepito!



8. El Muerde Lagartos, que dió un grito, huyó con sus secuaces, y en la huida lleváronse con ellos a Pepito, que sigue con peligro de su vida.



9. Los monos acarician al negrito, que nunca hubo perdido la esperanza, los soldados suspiran por Pepito y juran que sabrán tomar venganza.



10. Al verse entre los suyos les relata el negrito las penas que ha pasado; sobre todo en aquella caminata después que le hubieron sentenciado.



11. Chochi y Pepito siguen prisioneros y esto trae de cabeza a los negritos, que temen los desmanes traicioneros del rey Muerde Lagartos.



12. El tiempo apremia; hay que tomar medidas que eviten la desgracia irremediable. Los soldados responden con sus vidas, al sucede una cosa lamentable...

# PASATIEMPOS



La señora curiosa, por Arpe.

- 1.— País sudamericano.
- 2.— Colaborador de "El Colegial".
- 3.— Fruta.
- 4.— Colaborador de esta revista.



El Nene, por Ritz.

Colocar una letra en cada punto de modo que se lean seis nombres femeninos.



Jeroglífico, por Alej.



Jeroglífico, por Cheche.

Soluciones de los Pasatiempos del N.º 18  
Charada.— Arabe.

Verdejo, por Arpe.—Ratón; Ester; Omar.

El Negrito, por Namita.— Nerón; Ester; Gaita; Rosal; Indio; Tamiz; Oveja.

Charada ilustrada, por Cheche.—Pestaña.

Jeroglífico, por Briosen.— Panadero.

Proverbio-Jeroglífico, por Sin Nombre.— "Siempre el pez más grande se come al más chico".

## TRAJES PARA NIÑITAS

1.—Conjunto de jersey verde. La falda tableada va sostenida por tirantes sobre una blusita de linón blanco a lunares. La chaqueta suelta y recta con el canesú formando zig-zag.

2.— Encantador es este trajecito de lana celeste, adornado con sou-tache azul marino. El bolero suelto y recto con cuellito volcado. La falda acampanada.

3.—En lana verde está interpretado este conjunto, con chaqueta suelta, adornada con dos bolsillos y cerrada con seis botones. La falda con recorte en la parte delantera y atrás.

4.— Consta de pollera tableada de lana beige y chaqueta de franela escocesa adornada con tiras aplicadas, que terminan abotonadas adelante.



## RECETAS

### *Souflé de coliflor*

**Ingredientes:** 1 coliflor, 8 cucharadas harina, 2 cucharadas mantequilla, 1/4 litro leche, queso rallado, sal y pimienta, 2 yemas y 3 claras de huevo.

**Procedimiento:** Cocer la coliflor del modo corriente, romperla en ramitas y espolvorearla con queso rallado. Poner la harina y mantequilla en una olla, calentar la leche y vaciársela encima gradualmente. Revolver encima del fuego hasta que esté hirviendo, y en seguida retirarla del fuego y agregarle 1 cu-

charada de queso rallado, pimienta, sal y las dos yemas. Batir las 3 claras a nieve y mezclarlas ligeramemente con una cuchara de madera. Enmantequillar una fuente para soufflés amarrándole alrededor una banda honda de papel. Colocar una capa de la mezcla de soufflé en el fondo, en seguida una capa de coliflor, y así sucesivamente hasta que la fuente esté llena. Espolvorear encima migas de pan, agregar unos pedacitos de mantequilla, y cocerlo en la parte superior de un horno caliente, de 20 minutos a 1/2 hora.

# CORRESPONDENCIA

**ADVERTIMOS A NUESTROS LECTORES** de provincias, que envían sus cupones para el canje del sorteo próximo, cuiden de remitir dirección completa o bien enviarnos sobre listo para devolver los boletos respectivos.

**Cheche.**— Daremos su cuento titulado "Bon-Bon" y el "Globo Celeste"; pero tendrá que esperar un poco, pues tenemos antes mucha colaboración por publicar.

**Charles C. Ruiz.**— Tan pronto haya un espacio publicaremos lo que nos envía. Aceptado como colaborador.

**Auri.**— Trataremos de complacerla. Nos agrada saber que "El Colegial" es su revista favorita. Quedamos esperando sus nuevas colaboraciones.

**Arpe.**— Excelentes sus dibujos. Agradecemos sus felicitaciones y buenos deseos para "El Colegial". Quedamos esperando los cuentos que ofrece.

**Tranquilino.**— Bueno su cuentecito. Lo daremos pronto. Gracias por sus felicitaciones tan efusivas.

**Nino.**— Su cuentecito "Gotita de Rocío" se dará oportunamente; sus dibujos son buenos y llegará a ser un gran dibujante.

**Hector Peña.**— Puede enviar las colaboraciones de que nos habla. Queda agregado a la falange de colaboradores de "El Colegial". ¿Dice que le gustan nuestras seriales? Cuando terminen daremos otras tan interesantes como éstas.

**Ojeda.**— Su dibujo es regular, pero estamos seguros que con práctica llegará a ser un dibujante de nota. Persevere y tendrá la recompensa. Queda aceptado. Gracias por sus felicitaciones.

**Ronald.**— Su simpática cartita nos llena de optimismo y creemos como usted que "El Colegial" llegará a destacarse por su escogido material de lectura. Vemos que le gustan nuestras seriales. Desde ya le contamos como un fiel amigo de esta revista.

**Alej.**— Sus excelentes dibujos pronto serán publicados.

EL SECRETARIO

## GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN  
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE  
CONCURSO.

CUPON N.º 8

Premios de los Pasatiempos del N.º 16

Mercieron premios de \$ 5.—  
Alej por su dibujo "Lector".

Otro premio de \$ 5.— a Cheche  
por su Charada ilustrada.

Habiendo llegado muchas soluciones exactas se sortearon tres premios correspondiendo \$ 5.— a Gonzalo Muñoz, Casilla 169, Talca. \$ 5.— a Marta Rebolledo, calle Pissi 489, Playa Ancha, Valparaíso, y \$ 5 a Julio Gajardo, San Miguel 201, Santiago.

MURTA

(UGNI MOLINAE TURCZ)

Conocida también como murtila y llamada por los indígenas uñi. Las frutas son llamadas murtas en las provincias de Valdivia y Chiloé, más al norte, (Concepción), murtilas.

El nombre científico de estas plantas se debe al primer botánico chileno. Padre Ignacio Molina; la palabra ugni se ha sacado de su obra en italiano y que debería ser reemplazada por la de uñi.

**DISTRIBUCION.**—Los primeros ejemplares se presentan en la provincia de Talca, yendo de norte a sur. Avanzando hacia el sur se vuelve más exuberante y puede alcanzar en algunos casos hasta 2 m. de altura. Se le ha encontrado hasta el río Palena.

**TRONCO.**—El tronco, esbelto y ramoso, presenta formas en extremo elegantes. Las ramas viejas, cenicientas y agrietadas, están en contraste con los renuevos revestidos de un hermoso tomento rojizo.

**HOJAS.**—Las hojas ovado-oblongas y cortamente pecioladas (2-2-5 cm.), son opuestas, con base redonda y ápice agudo. Lámina coriácea con cara superior de un verde intenso y la inferior pálida, poco punteada. El nervio medio sobresale en la cara superior.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



**SPHEX LATRILLEI LEP**

Este hermoso insecto perteneciente al Orden de los Himenópteros y a la Familia de los Sphegidae, es muy común en la mayor parte de Chile, especialmente en las provincias centrales, vive en los lugares áridos y soleados donde se juntan muchos individuos hembras y machos. En estos lugares las hembras se dedican a la construcción de sus nidos. Cada hembra construye su celda por separado; estas celdas tienen la forma de una cachimba, terminada esta celda la hembra busca Ortópteros y con ellos la abastece y después pone un huevo, las larvas al nacer encuentran alimento fresco y apetitoso y en pocos días las consumen, después se tejen una camisa y se duermen hasta que llega el momento de la metamorfosis. Los insectos nuevos salen a volar en el mes de Diciembre.



# EL TÍO TRANQUILINO



1. ¡Dios mío, exclamó el tío Tranquilino, ya son las nueve y cincuenta y cinco minutos! ¡No alcanzo a echar esta carta en el buzón! Si no llega a tiempo, me arruinaré.



2. ¡Si al menos tuviera una bicicleta o siquiera un monopatín! seguía murmurando amargamente el tío Tranquilino. De pronto, al volver la esquina, chocó con un auto.



3. Era un automóvil de juguete y el tío Tranquilino, sin saber cómo, se halló rodando sobre ruedas. La calle tenía pendiente y era inútil detener el pequeño automóvil.



4. Velozmente se precipitó el automovillito contra un buzón metálico, mientras los niños gritaban de atrás pidiendo al tío Tranquilino que hiciera parar el autito.



5. Y por fin llegó el momento del choque y ocurrió la catástrofe. El pobre tío salió volando como volatín chupete por encima del buzón que el cartero había abierto.



6. El cartero había cerrado ya el buzón, y se preparaba a cerrar también el bolsón, cuando el tío Tranquilino dejó caer la carta. ¡Qué a tiempo llegó! exclamó el tío.



7. Pero los chicos estaban sumamente apenados al ver su pequeño automóvil destrozado. — ¡No se pongan tristes, niños! les dijo el tío. Vengan a la juguetería de Panta.



8. En la juguetería compró el mejor auto de dos asientos y les dijo: Se merecen este premio, porque gracias a ustedes me he salvado de la ruina y ganaré miles de pesos.